



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS PARTICIPANTES EN LA CONFERENCIA INTERNACIONAL SOBRE "SALUD Y PODER"

Sábado 17 de noviembre de 2001

*Venerados hermanos en el episcopado y el sacerdocio;
amadísimos hermanos y hermanas:*

1. Me alegra daros mi cordial bienvenida a todos vosotros, que participáis en la XVI Conferencia internacional, organizada por el Consejo pontificio para la pastoral de la salud, sobre el tema *Salud y poder*.

Dirijo mi afectuoso saludo al presidente de vuestro Consejo pontificio, monseñor Javier Lozano Barragán, a quien agradezco las amables palabras que ha querido dirigirme en nombre de los presentes. Extiendo mi saludo a todos vosotros, que trabajáis en un campo tan significativo para la calidad de la vida humana y el anuncio del Evangelio.

El tema de vuestro congreso es arduo y complejo, además de actual y urgente; en particular, es singularmente útil para renovar la cultura del servicio a la salud y a la vida, a partir de la atención a las personas más débiles e indigentes.

En la carta encíclica *Sollicitudo rei socialis* recordé que "entre las opiniones y actitudes opuestas a la voluntad divina y al bien del prójimo y las estructuras que conllevan, dos parecen ser las más características: el afán de ganancia exclusiva, por una parte; y, por otra, la sed de poder, con el propósito de imponer a los demás la propia voluntad... a cualquier precio" (n. 37).

Me congratulo con vosotros que, durante estas jornadas de estudio, queréis dar una aportación específica para que en el mundo de la salud el ejercicio del poder no se inspire en el afán de dominio o de lucro, sino que esté animado por un sincero espíritu de servicio. Como en cualquier

otro campo, también en el ámbito de la sanidad el ejercicio del poder resulta bueno cuando promueve el bien integral de la persona y de toda la comunidad.

Esta armonía se realiza plenamente en el misterio de Cristo, en el que el Padre nos ha elegido como hijos adoptivos y con la riqueza de la gracia "nos ha dado a conocer el misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra" (Ef 1, 9-10).

2. Con vuestra Conferencia internacional queréis realizar, a la luz de la revelación, una lectura profunda de la realidad de la salud en cada uno de sus aspectos. En el mundo de la salud se encuentran e interactúan diversos tipos de poder: el económico, el político, el de los medios de comunicación, el profesional, el de las industrias farmacéuticas, el de los organismos nacionales e internacionales y el de las organizaciones religiosas.

Todo esto da origen a una amplia red de intervenciones en las que, por una parte, se ponen de relieve las inmensas posibilidades existentes para mejorar el servicio a la vida y a la salud, y, por otra, se subraya el peligro de poderes ejercidos sin respeto a la vida y al hombre.

Vuestra reflexión quiere ofrecer elementos valiosos a una realidad tan vasta y compleja, con vistas a un discernimiento ético y pastoral, valorando asimismo las contribuciones que surgen de un respetuoso diálogo interreligioso.

Espero que durante estos días de estudio surjan indicaciones útiles, especialmente por cuanto concierne a la acción social y espiritual de la Iglesia en el campo del cuidado de la salud, considerada en su totalidad.

Para comprender y vivir correctamente toda forma de "poder" en el mundo de la salud, es necesario mantener fija la mirada en Cristo. Es él, el Verbo hecho carne, quien ha tomado sobre sí nuestras enfermedades para curarlas. Es él quien, habiendo venido no para ser servido sino para servir, nos enseña a ejercer toda forma de poder como servicio a la persona, especialmente cuando es débil y frágil. Es él quien ha asumido la humanidad sufriente para devolverle el rostro transfigurado de la resurrección.

3. La Iglesia, al ir al encuentro de los enfermos, de los que sufren o los discapacitados, se siente impulsada por el deseo de anunciar y testimoniar el evangelio de la vida. Así da, al mismo tiempo, una aportación concreta a la construcción armoniosa de la sociedad.

Ante una difundida cultura de indiferencia y, a veces, de desprecio por la vida, y ante la búsqueda inescrupulosa de predominio por parte de algunos sobre otros, con la consiguiente marginación de los pobres y débiles, hoy es más necesario que nunca ofrecer criterios sólidos para que el

ejercicio del poder en el mundo de la salud esté en todas las circunstancias al servicio de la dignidad de la persona humana y del bien común.

Aprovecho de buen grado esta ocasión para realizar un apremiante llamamiento a quienes desempeñan cargos de responsabilidad en este importante sector, para que con espíritu de colaboración constructiva trabajen por la promoción de una verdadera cultura de la solidaridad, teniendo en cuenta las condiciones de los que viven en países marcados por una preocupante indigencia material, cultural y espiritual.

En este sentido, me hago portavoz de todos los enfermos y los que sufren, así como de los pueblos heridos por la pobreza y la violencia, a fin de que también para ellos y para toda la humanidad surja un futuro de justicia y solidaridad.

Ojalá que cuantos tienen el don de la fe se sientan comprometidos de modo especial a testimoniar con su conducta la esperanza evangélica. En efecto, sólo con el amor y el servicio es posible asistir y curar, poniendo de este modo las bases de un mundo renovado.

Con estos deseos, encomiendo los trabajos de vuestra Conferencia y vuestras personas a la protección materna de la Virgen santísima, y de corazón os imparto a cada uno una especial bendición apostólica.